

Luis Herrera de la Fuente, en su 95 aniversario

por José Carlos González

Mientras en 1916, a los 37 años, el científico nacido en Ulm Albert Einstein publicaba en Alemania la versión definitiva de su *Teoría de la Relatividad*, convirtiéndose en el cimiento de la Cosmología moderna, y abría el camino a sus nociones físicas entre el espacio y el tiempo, estableciendo también la equivalencia entre la energía y la masa que le haría acreedor más tarde al premio Nobel (1921), cuando México se convulsionaba con los avatares del desorden de la pos-dictadura de Porfirio Díaz, estaba naciendo en la capital mexicana, el 25 de abril de ese año, Marcos José Luis Herrera de la Fuente.

Probablemente a consecuencia del ‘Ritorna vincitore’ de *Aida*, que le instigó a tocar el vientre materno para salir a ver la primera luz en el No. 8 de la Calle de Mesones, en pleno Centro Histórico, sin lugar a dudas ahí cerquita fue donde comenzó a adquirir sus primeras partituras musicales en la casa Veerkamp y en Repertorio Wagner.

¿Qué andaba haciendo “il bambino Luigi” ahí en donde reinaron Quinatzin y su hijo Techotlatzin hasta la conquista de Hernán Cortés en Texcoco? Pues nada menos que debutando como pianista con todo y sus 11 años a cuestas. Esto ocurrió el 15 de septiembre de 1927 en un programa en honor del cura Hidalgo, con *Le menuet à l’antique*, según Paderewsky (el gran pianista y político polaco). Después de ese debut *sui generis*, aún en edad adolescente, se inscribió para continuar estudiando el piano en la Academia Bach del Profesor Carlos del Castillo, en el No. 28 de la Av. Tacubaya, en el México de aquellos ayeres.

Entanto, también debió de andar por la secundaria No. 4, la de Mascarones, en una esquina de la Ribera de San Cosme. Seguramente ahí regocijaba su paladar en los recreos con las charamuscas, las trompadas, los merengues y aquellos helados de vainilla con mermelada en la parte superior que aún me tocó disfrutar por los 40 en la secundaria del “Cristobal Colón” en Sadi Carnot. Nada más que para esas fechas ya el jovencito Luis Herrera de la Fuente había abandonado la soltería al contraer matrimonio con la señorita Victoria Andrado Izaguirre, en 1943 (y quien lamentablemente falleció recientemente).

Pero, ¿cómo fue que me enteré como testigo de la historia del

músico al que me estoy refiriendo? En 1948 le pedí al maestro Carlos Chávez ser su alumno en su taller de composición, lo cual resultó incompatible con mis estudios del bachillerato en la Academia Militar México, pero accedí a darme clases en su casa. Mi tirada era la de la dirección de orquesta. Hans Knapperstbusch, Wilhelm Furtwängler, Bruno Walter y Erich Kleiber me tenían cautivado.

Así las cosas en ese año vi un joven músico de 32 años dirigir la Sinfonía No.1 de mi maestro. Y para el año siguiente lo vi dirigir el “Titan” de Mahler y la de Shostakovich y me dije: qué tipo tan raro, tiene mis gustos. A principios de 1950 le recuerdo en Mozart y en el “Emperador” de Beethoven, con Alexander Uninsky al piano. Para fines de ese año dirigió *Mi primer concertino* de Miguel Bernal Jiménez en vivo.

Para 1954 le vi dirigir a la Orquesta de Cámara de Bellas Artes la 2ª. Suite para pequeña orquesta de Stravinsky, así como la Obertura “Festiva” que tanto le festejábamos al maestro Rodolfo Halffter, ya residente en México. También en 1954 dirigió la *Sinfonía India* de mi maestro Chávez, comprendiendo muy bien el “ostinato” final, y escuché la música para ballet del propio Herrera de la Fuente.

Pero fue hasta el 26 de marzo de 1955, cuyo programa de mano aún conservo (como casi todos los demás), cuando le presté mucha mayor atención al maestro Luis Herrera de la Fuente, por el estreno en México de

la *Carmina Burana* de Carl Orff, con la participación de puros cantantes de mi amplia conocencia y aprecio: Hugo Avendaño, Rosita Rimoch y Paulino Saharrea. Al programa se le anexó una traducción libre del latín vulgarizado, de la prima del propio Herrera de la Fuente, que ya era muy “leído e instruído”. El concierto incluyó la *Séptima* de Beethoven. Dos meses después, llamó mi atención otro estreno; *El superviviente de Varsovia* de Arnold Shoenberg, así como otra primera audición en Bellas Artes: *Alexander Nevsky* de Prokofiev.

En los corrillos que frecuentaba en los pasillos y dentro de la sala de Bellas Artes, con el Maestro Baqueiro Foster, Salomon Kahan, Mario Hernández Machain (fundador de la Unión de Cronistas, con el cual cooperé con algunos artículos para su revista *México al*

“Fue hasta el 26 de marzo de 1955 cuando le presté mucha mayor atención al maestro Luis Herrera de la Fuente, por el estreno en México de *Carmina Burana* de Carl Orff”

Día), Víctor Reyes de *El Universal Gráfico*, etcétera, se decía que el maestro Herrera de la Fuente era un músico muy progresista, versátil y vanguardista.

La Orquesta Sinfónica Nacional (OSN), que ocupó como titular a Herrera de la Fuente, estaba en su mejor momento. La habían dirigido como huéspedes el genial Sergiu Celibidache, Clemens Krauss (fallecido en México) y Georg Solti en 1954. Y para ese 1955, por el otoño regresó Erich Kleiber y nos deslumbró Igor Markevitch, con quien tomé el curso de Dirección de Orquesta.

En tales condiciones, para 1958, Herrera de la Fuente se llevó de gira a la OSN a Bruselas, París, Londres y después Nueva York, ahí por la Calle 154 y la Avenida 7a, en donde se localiza —si no mal recuerdo— el Carnegie Hall. El programa para dicha gira lo constituyó con música mexicana y, que yo sepa, no hubo lugar en el que no tuviera que repetir el *Huapango* de Moncayo con el objetivo de apaciguar las estruendosas ovaciones.

En los tiempos de su gestión en la OSN, Herrera de la Fuente invitó a grandes directores. Aparte de Celibidache, Kleiber y Markevitch, llegaron Constantin Silvestri, Lorin Maazel, Josef Krips, Paul Kletzki, Antal Dorati, Hans Schmidt-Isserstedt (que cuando pronuncie este nombre en una reunión, me contestaron: “¡Salud!”)

Además, nos presentó al maestro Evgeny Mravinsky, a Alexandr Gauk, a Konstantin Ivanov, a Dmitri Shostakovich, a Aram Khachaturian, a Dmitri Kabalevsky, así como a Kiril Kondrashin con la Orquesta de Moscú; y retornó por última ocasión Igor Stravinsky. ¡Qué época!

En 1960 el maestro Herrera de la Fuente continuaba siendo el titular de la OSN y volvió a invitar como director huésped a Sergiu Celibidache para la temporada de otoño. Lo siguiente lo desconoce muy probablemente el Herrera de la Fuente, pero en forma indirecta a él le debo el privilegio inaudito de haberme convertido en una especie de triple “A” de Celibidache, esto es: asistente, alumno y amigo. Nuestra relación se inició la semana anterior a su primer concierto de la serie que comenzó el 14 de octubre. Yo ya escribía las críticas musicales para el diario *El Popular* y llegué por “telepatía pura” a donde Celibidache estaba corrigiendo las partituras de los atrilistas de la *Segunda Sinfonía* de Schumann. Inclusive, Celibidache quiso que en los programas de mano apareciera una síntesis biográfica de mi autoría. Pero como esa relación motivó que yo haya concluido mi libro *Celibidache en México*, de próxima publicación, dejémoslo por ahora en mi agradecimiento al maestro Herrera de la Fuente por haber invitado a Celibidache en las temporadas 1960 y 1964.

Antes de introducirnos en la faceta operística del maestro, quiero enfatizar la versatilidad de tan respetable personaje, pues Don Luis participó como pianista en salones de danza, trabajó en Radio Educación y como discotecario en la XEQ. Pero lo que es poco conocido es que poseía una buena voz para el canto y como presentador de programas en la TV en “México en la cultura” era en verdad grato escucharle y verle, por su erudición y elocuencia.

La primera ocasión que me aconteció apreciar la dirección operística del maestro Herrera de la Fuente hace remontar mi



Luis Herrera de la Fuente

memoria a 1963, en donde se presentó en ópera concierto la extraordinaria Marlyn Horne en la *Iphigénie en Tauride* de Gluck con Nicola Monti y Hortencia Cervantes. Le siguió un *Nabucco* con la Lucille Udovic, Manolo Ausensi, Enrico Di Giuseppe, Ferruccio Mazolli, Lupita Pérez Arias y Rogelio Vargas. Hubo una más bajo su conducción; ésta fue *L'italiana in Algeri* con la gran Oralía Domínguez, el simpático Fernando Corena, Nicola Monti, Roberto Bañuelas y Lupita Solórzano.

La segunda vez se suscitó al año siguiente, o sea en 1964, en el que dirigió *Bluebeard's Castle (El Castillo de Barba Azul)* de Béla Bartók, con Richard Cross y, como Judith, Rosita Rimoch, cantado en inglés. Esta ópera estuvo seguida por una *Salome* de Richard Strauss en la cual el único que se salvó fue el maestro Herrera de la Fuente, ya que se ha de recordar, como yo, que la palabra “atroz” se quedó chica en la función de marras, pues doña Hertha Fisher era la despersonificación de Salomé. El Herodes del desafinado tenor francés Herbert Douissant era una grosería, Nell Rankin ya andaba mal en su Herodías, y de remate el Jochanaan de Theodor Uppman era de lo peorcito del Met. Ese año el maestro Herrera de la Fuente incluyó para su repertorio *Don Carlo* de Verdi, con Nicolai Ghiaurov, Rosita Rimoch, Nell Rankin, Carlo Cossutta y Manolo Ausensi.

Llegó una excelente *Flauta Mágica* de Mozart, con Irma González como Pamina y María Luisa Salinas en la Reina de la Noche, Paulino Saharrea cantó el Tamino, Roberto Bañuelas en el Papageno y Donald Gramm fue Sarastro, dirigidos por Herrera de la Fuente, en 1965. Dos años después dirigió otro *Nabucco* en verdad inolvidable por el cuadro escénico de los hebreos en



El maestro nonagenario con batuta en mano

el famoso ‘Va pensiero sull’ali dorate’. La Abigail fue Elena Suliotis, y en el papel de Nabucco, Peter Glossop. Función memorable de seguro también para el maestro Herrera de la Fuente.

En contraste con ese *Nabucco* se nos ofreció en 1969 bajo la dirección orquestal de Don Luis, sólo que para esta función el tan alabado cuadro de los hebreos se le ocurrió al director de escena Renzo Frusca la deplorable idea de transformarlo en un campo de concentración nazi. ¡Qué horror y qué error! Cantó la mala actriz gallega Ángeles Gulin, Aldo Protti en sus últimas, y Bianca Berini la libró.

Para *Eugene Onegin*, don Luis dirigió la espléndida Tatiana de Radmila Bacolevic, a Vladimir Anisimov en el Onegin y a Liubomir Bodurov como Lensky. Ese año se le otorgó al maestro Herrera de la Fuente, utilizando un término boxístico, por decisión dividida, la medalla de plata del Club de la Ópera.

En 1970 no nos electrizó la *Elektra* de Edelmira Calomfirescu, ya que no logró vencer las dificultades vocales que exige la partitura de Richard Strauss; en cambio, la Clitemnestra de Martha Mödl quedó guardada en mi memoria como una auténtica joya. Crisóstemis fue encarnada por Enriqueta Tarrés y el maestro Herrera de la Fuente asumió dignamente la batuta.

Tres óperas wagnerianas estuvieron a cargo del maestro en 1971. Se iniciaron con *Lohengrin*: la Elsa le tocó a Clara Barlow, en tanto la Ortrud la cantó Danica Mastilovic y Lohengrin fue Jess Thomas. En

Tannhäuser intervinieron de nuevo Clara Barlow, Jess Thomas, Danica Mastilovic y Heinz Imdahl. Concluyó el ciclo con *Der Fliegende Holländer* con la Mastilovic, Belén Amparán, Richard Martell y Michalsky. Y yo di gracias a que la orquesta fuese la Sinfónica Nacional y en el foso estuviese Herrera de la Fuente, cuya última intervención operística me tocó en 1972: *Don Giovanni* de Mozart, con Guillermina Higuera, Rosita Rimoch, Cristina Ortega, Franco Iglesias, Rafael Sevilla y David Robinson.

“La primera ocasión que me aconteció apreciar la dirección operística del maestro Herrera de la Fuente hace remontar mi memoria a 1963, cuando se presentó en ópera concierto la extraordinaria Marlyn Horne en la *Iphigénie en Tauride* de Gluck”

Nos alcanzaron nuevos tiempos en los que la batuta el maestro Herrera de la Fuente no se estuvo quieta y por concurso formó entre 1976 y 1977 una nueva orquesta: la Filarmónica de las Américas, con estupendos elementos de toda la América. Por tal acción, Luis Herrera de la Fuente se convirtió en el progenitor de esta orquesta y responsable por prohijamiento de la Orquesta Sinfónica de Xalapa y de la de Minería poco después. Así también de la del Festival de Morelia, así como huésped de la Filarmónica de la Ciudad de México.

Pero, ¿en dónde no agitó su batuta el maestro Herrera de la Fuente? La última ocasión que le vi dirigir fue en la Sala Neza, una *Octava* de Dvorák, si mi memoria no me traiciona. Y personalmente tuve la oportunidad de conocerlo y felicitarlo gracias a nuestro mutuo amigo, el inolvidable expresidente de Pro Ópera don Benjamín Backal (qepd).

Ante la trayectoria de trabajo al servicio del arte musical en México, sería una ingratitud irreverente no exultar mi voz para ofrecerle un reconocimiento a su labor, que se ostenta como cornucopia a la manera de los griegos. ●